

ASA ERICSDOTTER

# HAMBRE



Controlan tu vida, tu peso, tu salud. No tienes escapatoria. El primer ministro de Suecia ha puesto en práctica una política radical: erradicar la obesidad y el sobrepeso de las personas. El objetivo es una Suecia libre de grasa, y los métodos para conseguirlo son cada vez más expeditivos: contratos de trabajo y de alquiler que se pierden o se obtienen en función del índice de masa corporal, operaciones de reducción de estómago para todos, bombardeo constante de órdenes y publicidad... Landon, un joven historiador, huye lejos de la ciudad para intentar evadirse de sus fracasos personales y del horror que vive su país. Un día conoce a Helena, quien también huye, junto con su hija de ocho años, de la presión cada vez mayor, y con quien empieza a tejer una relación. Cuando ella desaparece en misteriosas circunstancias, Landon se promete a sí mismo que la encontrará aunque para conseguirlo tenga que arriesgar la vida.

Los humanos a menudo tenemos menos control sobre nosotros mismos de lo que creemos. Una exagerada fe en nuestra capacidad de controlar los impulsos es la base de un comportamiento impulsivo. Una gran parte de la población no sabe controlarse. El consumo de alcohol y de tabaco y los problemas de sobrepeso demuestran que hay un buen trecho entre las buenas intenciones y el cumplimiento de los objetivos. Comportamientos irracionales justifican intervenciones estatales.

«Las calorías salen caras», informe ESO 2011, Consejería de Economía de Suecia

Las dietas son el calmante político más potente que ha existido en la historia de la mujer; una población atontada, pero tranquila es muy dócil.

NAOMI WOLF, *El mito de la belleza*

Puedo tener la cara rígida, pero por dentro estoy histérica.

EVE ENSLER, *The Good Body*

## 19\_\_

Ocurre en Ramstein, Alemania. C.L. Jackson es un oficial americano que ha servido en Vietnam, Ulrika es una joven sueca que en breve habrá terminado sus estudios de enfermería. Se encuentra de visita en casa de una amiga, no se han visto desde que coincidían en la guardería. Es primavera. Los cerezos están en flor. El lugar en sí no es muy atractivo, la base aérea americana domina la zona. Por las noches, Ulrika sale hasta la madrugada, es guapa, lleva tops. Los americanos son rudos pero aun así sonríe, el hombre que se le planta delante es como un gigante uniformado. «Hey, you». Y antes de que se dé cuenta ya la tiene empotrada contra la pared, la erección es como un arma. Ha coordinado una veintena de ataques exitosos, pero este es el más infame. Ulrika grita como un animal.

Nueve meses más tarde deja a su hijo en adopción a un matrimonio acaudalado de Kåbo, cerca de Uppsala. Dr. Bertil y Amber Thomson-Jæger, la esposa es flaca y estéril. Bautizan al niño con el nombre de Landon: «cuesta larga». Se pronuncia con la «a» larga del sueco. La familia de los Jæger se sienta en el lado derecho de la iglesia durante el bautizo, los rayos del sol caen azules a través de los cristales pintados.

Veinte años más tarde, Landon recibe una carta. Acaba de trasladarse a la calle Skolgatan de Uppsala, dentro de unos meses comenzará sus estudios en la universidad. Ulrika le pide disculpas, o simplemente quiere quitarse un peso de encima, es imposible saberlo. «Tu padre», escribe, y luego el nombre, el apellido y la edad estimada. Más abajo ofrece unos datos de caídos en batalla, como si fuesen una parte de la herencia. La violó, Alemania estaba llena de cerdos aquel año, después el parto fue infernal y el dolor de la pelvis, crónico.

Cuando Landon, al cabo de un tiempo, trata de ponerse en contacto con ella, no la encuentra. El nombre del padre sale en la lista de los caídos.

La vergüenza lleva veinte años esperándolo, ahora la asume. Landon tiene la piel clara y el cabello es tan rubio, con tonos pelirrojos, que parece noruego. La gente a veces piensa que es del país vecino. Es alto. Las mejillas son pálidas y tiene pecas. Se deja crecer la barba durante meses.

Actúa con más delicadeza de lo necesario, hay mujeres que lo desprecian por ello. Lo único de lo que se sirve libremente es la comida. A eso se añade una obsesión con la guerra de Vietnam, en la estantería debajo del televisor guarda un montón de documentales en formato DVD. Encuentra el departamento de estudios norteamericanos por casualidad, va completando asignatura tras asignatura. En algún sitio terminará comprendiendo, o por lo menos reconociéndose. «Papá»: una leve náusea, una foto en blanco y negro del archivo de Washington, la mandíbula potente y vehemente. Sin embargo, la violencia sigue siendo una cosa ajena a él.

Hasta ahora.

Esa es toda la historia. Cuando Landon empieza a salir con Rita Peters, ambos están realizando sus estudios de doctorado. Un nuevo milenio ha comenzado, la economía de Suecia va mal. Las primeras declaraciones de Johan Svärd destacan como explosiones de fuegos artificiales entre las noticias. «Estamos ante una catástrofe galopante de obesidad». «En una generación, uno de cada tres suecos será obeso». El nuevo partido quiere revolucionar la salud nacional y conseguir que Suecia sea un país delgado otra vez. Prometen reformas de gran alcance. Cirugía estomacal subvencionada. A Landon la incisiva retórica del joven político le recuerda a su madre, que está obsesionada con el peso, y piensa que está loco. El Partido de la Salud es

una broma rancia. El populismo de derechas que muestra su lado más ridículo.

Siete años más tarde, cuando Landon y Rita lo dejan, Johan Svärd se ha convertido en el primer ministro del país. Rita, por no comer, ha bajado a los cuarenta y nueve kilos de peso.

I

## 1

Era el tipo de hombre que pedía disculpas después de eyacular. La frase había salido de la boca de una compañera de curso en una fiesta, y todos se habían reído. No era justo, no lo conocían –eso fue lo que pensó Landon; qué coño sabéis–, pero le molestó.

«Preguntádselo a Rita», querría haber dicho.

Rita Peters había entrado en una fiesta de bienvenida para los nuevos estudiantes, con un jersey a rayas ajustado que le marcaba los pechos y una voz estridente que no le impidió subirse a la mesa para cantar una canción universitaria tradicional. Landon no se atrevió a hablar con ella hasta varias horas más tarde. Rita estudiaba literatura y tenía predilección por las lecturas *performance*; él, en cambio, era un doctorando de historia y cultura norteamericana al que nadie conocía. Pero había algo en él que captó la atención de Rita.

Ella cogió toda su inseguridad y la machacó entre sus dedos, y por primera vez desde la carta de Ulrika, Landon encontró algo a qué agarrarse. A veces iban a la cabaña de la familia Thomson-Jæger en la isla de Kavarö; allí se sentaban cada uno en un extremo del sofá con sus tesis doctorales: la de Rita sobre la cultura machista en la poesía de *performance*, la de Landon sobre Olof Palme y la ruptura con Estados Unidos. Por las noches se acurrucaban juntos en la cama con un bote de dos litros de helado de nata, y se arrepentían de haber malgastado el día sin tocarse.

Landon desvió la mirada del escritorio. Tenía que dejar de pensar en ella. Tarde o temprano, tenía que dejar de pensar en ella. Cuando la veía en los pasillos, le dolía. Rita estaba tan demacrada que se había vuelto gris.

Había dedicado muchos años a amarla, el último de ellos en vano. Al final metió sus pertenencias en cajas de cartón y abandonó el piso del paseo Luthagsplanaden. Una bicicleta elíptica de dos metros de altura y una cinta de correr ocupaban el espacio delante del televisor donde antes había estado el sofá. Por todas partes había mancuernas y cintas de pilates, manuales de entrenamiento y revistas de papel couché sobre *smoothies* de berza y las mejores dietas de las estrellas de Hollywood. Rita no entraba en la cocina, y del baño salía un persistente hedor a acetona.

Habían pasado varios meses ya. A Rita le habían hecho un contrato de profesora asociada de literatura cuando Gloria Öster se había visto obligada a dejarlo, y Landon tenía un contrato posdoctoral en el área de estudios norteamericanos. No sabía cuánto tiempo le iba a durar. Las últimas pruebas de salud lo habían situado peligrosamente cerca de una advertencia escrita. «¡IGM 41!», había exclamado la enfermera, negando ominosamente con la cabeza. El Instituto de Nutrición se había dado cuenta de que la vieja medida de la obesidad, el IMC, daba resultados demasiado generosos. La gente alta podía librarse.

Eso fue lo que habían dicho. Como si fuera un crimen.

El índice de grasa muscular del Partido de la Salud se había convertido en su mejor arma. El índice de grasa muscular era lo que decidía la idoneidad profesional de cada cual. Un IGM superior a 42 te descalificaba para cualquier trabajo de funcionario. La primera vez que Landon oyó hablar de la propuesta del gobierno, le costó creer que era verdad. Ahora su actitud hacia el Partido de la Salud, y las medidas tan extremas que estaban dispuestos a tomar, ya no era tan inocente. Uno de los profesores del departamento de estudios norteamericanos había tenido que marcharse, al igual que los dos nuevos doctorandos. Cuando Landon y sus colegas protestaron contra los despidos, la coordinadora de la titulación les dijo que no de-

pendía de ellos. «La decisión se ha tomado en instancias superiores».

La gente se tragaba los mensajes del nuevo gobierno por completo. Johan Svärd se había colocado en el lugar perfecto, justo entre la Alianza y los socialdemócratas. Si uno no tenía cuidado en las aplicaciones de orientación del voto, era fácil acabar en el saco del Partido de la Salud por defecto. Y no solo eran los viejos simpatizantes de la derecha, como el señor y la señora Thomson-Jæger, los que caían ante los encantos del joven primer ministro; Landon también tenía amigos de izquierdas que se regocijaban cada vez que subía a la tribuna para pedir la nacionalización de esto o lo otro.

La universidad se había convertido en un terreno pantanoso. Las conversaciones en el comedor trataban exclusivamente sobre lo que se comía y lo que se dejaba de comer, o cuánto había que entrenar para quitárselo de encima. Landon había empezado a comer en solitario para no tener que oírlo. La obligatoriedad de las sesiones de gimnasio no mejoraba las cosas. Bien entrada la noche todavía se veía a gente salir de los nuevos locales de entrenamiento en la facultad de Teología, con sus camisetas sudadas y las cabezas demasiado grandes para sus cuerpos. Tenían los ojos vidriosos y la mirada perdida.

«Igual que Rita», solía decirse. Después se obligó a no pensar en ello.

Sacó uno de los libros de tapa blanda de la caja de cartón que estaba en el suelo, y puso su firma en la guarda. Un colega nuevo de Estocolmo quería leer su tesis y a Landon no le importaba restar unos gramos a su colección.

Había pasado varios años buscando a su padre. La tesis era una excusa que solo Rita conocía, y ahora, *a posteriori*, casi se arrepentía de habérselo contado. *Las relaciones entre Suecia y Estados Unidos, 1968-1974*. La versión final llevaba el subtítulo de *El problema de Palme*, lo cual constituía un resumen en sí mismo. Olof Palme había criti-

cado la guerra de Vietnam, los americanos se habían ca-breado. La frialdad de las relaciones duró tanto tiempo que Suecia estuvo a punto de quedarse sin piedras lunares.

Landon se había pasado tres semanas en el archivo de Washington, repasando documentos oficiales. Fotografías del ejército norteamericano. Listas de movimientos de tropas. Corría el mes de febrero, hacía un frío del carajo y había dos metros de nieve. Cada tarde a las cinco y media se subía al autobús para volver al albergue, donde se tomaba café en tazas de cartón en la cafetería, acompañado de unas galletas dulces Fig Newtons.

El director de su tesis de Uppsala estaba entusiasmado con su dedicación, pero los resúmenes que iba enviando por las noches no eran más que una maniobra disuasoria. Solo el bibliotecario y él sabían que dedicaba la mayor parte de su tiempo a cosas que no tenían nada que ver con el primer ministro sueco.

Al final dio con la foto. El héroe de guerra Calen Logan Jackson. Pelo corto de color lino. Medallas colgando del uniforme.

Aquello ocurrió medio año antes de conocer a Rita. Ni Bertil ni Amber sabían nada de la carta que Ulrika le había enviado. No había nadie a quien pudiera contárselo. Aquella tarde se subió a un autobús que lo llevó hasta el Congreso, donde se sentó en las escaleras. Las farolas estaban medio borrosas bajo la tormenta de nieve. Las máquinas quitanieves pasaban de un lado a otro en la plaza vacía.

Su recuerdo más nítido era del frío. No había sitio para lo otro. Al día siguiente fue al archivo y comenzó a leer. La correspondencia acerca del radical Palme y las problemáticas reuniones de la izquierda de Suecia. Informes sobre las manifestaciones del Primero de Mayo en el parque Humlegården. La tesis tomó forma con una sorprendente rapidez. Las fuerzas armadas norteamericanas evacuaban el

cerebro de Landon con paso firme y dejaban un hueco para lo que, en realidad, había venido a hacer.

Seis meses más tarde fue a aquella fiesta de estudiantes y se enamoró.

## 2

La rejilla del desagüe estaba roja de sangre. El agua caliente le quemaba las heridas producidas por los latigazos. La música tronaba a través de la vieja sala de billares de la plaza de Sivia, haciendo temblar el suelo. La siguiente clase ya había comenzado.

—¡Aguantad! ¡Aguantad!

Los aullidos de la mujer retumbaban hasta en los vestuarios. Rita Peters había firmado un acuerdo que eximía de responsabilidad a la organización, ella se responsabilizaba de las posibles lesiones, etc. Le importaba un bledo. «Haced conmigo lo que queráis».

Ahora el agua dejó de salir. Miró sus muslos. Un largo surco color rojo sangre. Se había parado solo cuando se oyó el latigazo y todo se volvió negro. No había excusas.

—UN-DOS-UN-DOS-UN-DOS-UN...

Era la más gorda de todas las que estaban allí. Las chicas que habían estado delante de ella en la cinta de correr no eran más que huesos y arterias que bombeaban sangre caliente. Rita se sentía avergonzada de sí misma. Quería apuntarse a otra sesión, pero la clase estaba llena y no iba a aguantar una hora de espera sin hacer nada. Había bebido demasiada agua. Le tiraba el estómago como si fuera un saco de piel hinchado. En breve pensarían que estaba embarazada, pero la mera idea resultaba absurda, joder...

—¡VAMOOOOOS!

*Fight-Or-Die Boot Camp*. Toda la gente de Hollywood lo hacía. Los entrenadores no aceptaban un no. Si te bajabas de las máquinas tenías que pagar. Rita masticaba con frenesí. Ya había terminado dos paquetes de chicles sin azúcar, pero el cuerpo le pedía comida a gritos. Cuando el agua se activó de nuevo, le quemó la herida.

—¿Rita P?

Se sobresaltó.

Una mujer rubia con gruesas capas de maquillaje estaba metiendo la cabeza en la ducha.

–Te has apuntado a otra sesión, ¿verdad? Tenemos una baja. Puedes volver a la sala si quieres.

Rita pestañeó. La cabeza asentía automáticamente, como si ya hubiese contestado.

## 3

ACESULFAMO-K, ASPARTAMO, FRUCTOSA, GLUCOSA, MIEL, LACTOSA, SIROPE DE ARCE, SIROPE DE MAÍZ, SACARINA, SACAROSA, STEVIA, SUCRALOSA.

Helena Andersson recogió la fotocopia de la mesa de la cocina y la tiró a la basura junto con el resto de los deberes de Molly. «No hagas mucho caso, cariño. No es más que una bobada».

Bajó las cajas de pasta de la balda de la cocina y las colocó en la bolsa de papel que estaba en el suelo. Después metió también la harina y el azúcar. Se paró delante de la despensa durante un rato. ¿Debería llevarse también el cacao? ¿El azúcar vainillado?

Helena introdujo todo lo que pudo en la bolsa hasta llenarla, y se la llevó a la entrada. Los utensilios más importantes ya estaban metidos en una caja de cartón. En la bolsa azul de Ikea que estaba sobre la alfombra había varios juegos de toallas y sábanas. Helena echó una mirada al perchero, que estaba lleno de ropa. Eso le pasaba por no molestarse en tirar las cosas viejas.

Se acercó al perchero y bajó la ropa de calle. Se llevaría una cazadora para cada una, y luego el mono de Molly. Podrían llevarse los gorros y las bufandas puestas, ya casi hacía frío para ello. Molly podría preparar su propia maleta cuando viniera del colegio. Si conocía bien a su hija no metería más que peluches y revistas del Pato Donald, pero era lo que había. De todas formas, lo único que Molly quería ponerse era ese jersey con la cara de gato.

Esbozó una sonrisa melancólica al pensar en ello. Su pequeña.

La primera vez que Helena oyó hablar de la reforma educativa había dado por hecho que se trataba de un bulto de mal gusto. El nuevo currículum era un proyecto de-